



Universidad de la República

Facultad de Psicología

## **Alienación y separación en Lacan: estructuras del deseo**

Trabajo Final de Grado

Modalidad: Articulación teórico-clínica

Estudiante: Victoria Zerbo

Tutora: As. Dra. Verónica Pérez

Revisor: As. Dr. Marcelo Novas

Montevideo, julio 2025

## Índice

Resumen	3
Introducción	4
Capítulo 1. La constitución del sujeto en Lacan: entre lo imaginario y lo simbólico	5
1.1 El estadio del espejo y la constitución del yo	6
1.2 Hiancia, división e inconsciente	8
1.3 Alienación y separación	10
1.3.1. Cogito cartesiano	18
1.3.2. Dialéctica del amo y el esclavo	24
Capítulo 2. La posición del analista ante la alienación y separación: discurso, enigma y deseo	27
2.1. Niveles del discurso: enunciado y enunciación	28
2.2. Che vuoi?	29
2.3. Analista como causa del deseo	31
Capítulo 3. Recortes de un caso clínico	33
3.1. Articulación teórico-clínica	36
Conclusiones	40
Referencias bibliográficas	43

## Resumen

Este trabajo explora dos nociones fundamentales en Jacques Lacan que se articulan en una relación dialéctica y circular: la alienación y la separación. En un primer capítulo, se analizará el carácter alienante del estadio del espejo en el registro imaginario, junto con la relación del sujeto con el Otro en el registro simbólico. Asimismo, se desarrollará la operación de separación como momento estructurante en la constitución del sujeto deseante. Para profundizar estas teorizaciones, se articularán referencias al pensamiento cartesiano y su vínculo con el inconsciente, así como a la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, en relación con los discursos propuestos por Lacan. El segundo capítulo abordará ambos conceptos en función de la posición del analista, entendida como posibilitadora de un nuevo decir en la experiencia analítica. Finalmente, el tercer capítulo presentará recortes clínicos que permitirán analizar el funcionamiento de estas operaciones, a fin de esbozar interrogantes surgidas del propio análisis.

**Palabras clave:** Alienación, separación, Otro.

## Introducción

El presente trabajo tratará, en base a la obra lacaniana, del proceso de constitución del sujeto en su relación con el Otro. En particular se analizarán las operaciones de alienación y separación, esenciales en esta constitución. Por un lado, se diferenciará la alienación asociada al registro imaginario y, por otro, la relacionada con el orden simbólico. Mediante estos procedimientos, el sujeto accede a la dimensión del lenguaje, donde puede ser representado, aunque bajo una lógica alienante, si bien el significante permite la aparición del sujeto, también lo reduce y lo captura. Es a partir de la separación que el sujeto puede reposicionarse en relación con el entramado significante y constituirse como deseante. Estas operaciones mantienen una relación de circularidad y resultan fundamentales para dar cuenta de una hipótesis inaugural establecida por Lacan: el inconsciente está estructurado como un lenguaje.

A partir de estas consideraciones, surgen cuestiones fundamentales para el análisis: ¿Qué implicancias tienen la alienación y separación en la constitución del sujeto? ¿Qué posiciones ocupa el sujeto en relación con los significantes que estructuran su discurso? ¿Cómo dar lugar, en la situación analítica, a la emergencia de un deseo que no se encuentre atrapado en la lógica de la alienación?

Para poder dar una posible respuesta, se tomarán como referencia ciertos desarrollos teóricos. En su libro *Introducción a la lectura de Lacan*, Dor (2000) realiza un recorrido por ciertos conceptos lacanianos, entre ellos, la alienación yoica, ligada al registro imaginario. Por su parte, en *Posición del Inconsciente* (1966a) y en el *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), Lacan desglosa el término afánisis, fundamental para comprender cómo la existencia del sujeto está condicionada por los significantes. Asimismo, el *Seminario 14: La lógica del fantasma* (1966-1967), permitirá analizar la alienación a partir de sus discrepancias con el cogito cartesiano, en la medida en que este último sostiene la ilusión de una entidad absoluta, ocultando la falta y la división constitutiva del sujeto del inconsciente.

A modo de articulación teórico-clínica se utilizarán recortes de un caso clínico trabajado en 2024 en el Anexo de la Facultad de Psicología, en el marco de la práctica Derivas en Clínica Psicoanalítica. Este caso permitirá interrogar los desencuentros del sujeto con su deseo, un deseo que, en ocasiones, parece innombrable. Teniendo en cuenta estos postulados lacanianos, donde revela la importancia de la palabra y las condiciones impuestas por la alienación, es significativo que la paciente enuncie: “Estoy viviendo una

vida que no es mía". Por tanto, precisar estos aspectos permitirá repensar la praxis analítica, y el modo en que, desde la posición de analista, es posible abrir vías para un reposicionamiento simbólico, dejando entrever desde dónde proviene aquello que se enuncia.

## **Capítulo 1. La constitución del sujeto en Lacan: entre lo imaginario y lo simbólico**

En el *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan (1964) revisa y cuestiona ciertas formalizaciones freudianas, centrándose en la relación del sujeto con el Otro, al que designará con la letra A (mayúscula, por la palabra francesa *Autre*). Para esto, recurre a ciertas nociones de la teoría de conjuntos con el fin de precisar la dialéctica del advenimiento del sujeto, quien depende enteramente del significante. Este significante, desde un principio, se encuentra en el campo del Otro y, por su definición misma es lo que representa al sujeto para otro significante (Lacan, 1964). No posee un significado intrínseco, sino que adquiere sentido solo en relación con otros significantes. Como señala Lacan (1966-1967), "ningún significante puede significarse a sí mismo" (p.29). Por esto insiste en que no hay una correspondencia estable entre significante y significado, afirmando una supremacía del significante.

Esta relación del sujeto con el significante y el Otro, apunta a Lacan a elaborar una hipótesis fundamental en su teoría: el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Propone al inconsciente como una estructura de significantes, lo que le permite construir la categoría de lo simbólico. Esta categoría la formaliza en un sistema de clasificación fundamental en su teoría que nombra como "órdenes o registros". Estos órdenes serían lo que establece como lo imaginario, lo simbólico y lo real. Indica que, sin estos tres sistemas para guiarnos, "sería imposible comprender nada de la técnica y experiencia freudianas" (Lacan, 1953-1954, p. 73). Aunque son heterogéneos entre sí, no se los puede entender sin referenciar a los otros dos.

"En lo que respecta a la función de la palabra de quien se trata es del Otro" (Lacan, 1966-1956, p.355). El Otro es el lugar donde está estructurado el lenguaje, no se trata de una entidad concreta, sino de una función estructural que opera como un vacío, ya que puede ser ocupado por figuras particulares, como la madre o el padre, quienes vehiculizan un discurso que preexiste al sujeto. Esto lo formaliza en el enunciado "allí donde eso estaba

debo devenir como sujeto” (Lacan, 1966-1967, p.24). De esta manera, el sujeto es habilitado para entrar en el orden del lenguaje a partir de la asignación de significantes que son anteriores y exteriores a él, como su nombre propio, lo que produce una captura en lo simbólico, tratándose de vicisitudes que marcan un decir. Es a partir de estas formulaciones que expresa: “el inconsciente es el discurso del Otro” (Lacan, 1954, p.359).

Esta captura no se da exclusivamente en el registro simbólico, es decir, en la sujeción al significante, sino que también involucra al registro imaginario, en la medida en que el sujeto puede quedar atrapado en una serie de identificaciones alienantes. En función de esto, conviene desarrollar brevemente lo que Lacan denomina como *estadio del espejo* a modo de destacar su carácter alienante, para posteriormente introducir las operaciones de alienación y separación.

### 1.1 El estadio del espejo y la constitución del yo

El estadio del espejo, presentado por Lacan (1966a), describe un momento estructurante en la constitución del sujeto, que transcurre entre los seis y dieciocho meses de edad. En este tramo de la vida el niño aun no logró un control pleno sobre su propio cuerpo ni sus funciones motoras, sin embargo, es capaz de identificarse con su imagen reflejada en un espejo. Este espejo no necesariamente tiene que ser real, sino que otra persona puede funcionar como imagen especular, es decir, como reflejo, cuando el infante observa su conducta replicada en los gestos imitativos de un adulto o de otro niño (Evans, 1997). Esta etapa es fundamental, dado que permite la constitución de la imagen del yo y establece una relación especular con el semejante.

Lacan (1966a) plantea que el ser humano nace prematuro, por lo que no tiene un esquema corporal unificado, sino que mantiene una concepción fragmentada de sí mismo. Frente al descubrimiento de su reflejo el niño reacciona jubilosamente, porque percibe una imagen de sí mismo como una unidad, es de esta manera que comienza a constituirse el yo (*moi* en francés) bajo la identificación con el otro reflejado.

Es que la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es dada sino como Gestalt, es decir, en una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida, pero donde sobre todo le aparece en un relieve de estatura que la coagula y bajo una simetría que la invierte, en oposición a la turbulencia de movimientos con que

se experimenta a sí mismo animándola. Así esta Gestalt, cuya pregnancia debe considerarse como ligada a la especie, aunque su estilo motor sea todavía irreconocible, por esos dos aspectos de su aparición simboliza la permanencia mental del yo al mismo tiempo que prefigura su destinación alienante (Lacan, 1966a, p. 101)

La relación que el sujeto guarda con la imagen reflejada como unidad produce un efecto alienante, en tanto se ve cautivado por una imagen exterior que conduce a una sensación imaginaria de dominio. Se observa completo, pero esto no es más que algo ilusorio, ya que aún no posee una coordinación motora desarrollada. Esta alienación apunta a una captación con doble sentido, por un lado, tiene el significado de “acción y efecto de cautivar” (Evans, 1997, p.48), en la medida en que el niño se fascina y se siente seducido por su imagen, y por otro, inscribe una captura, donde el sujeto queda apresado en una imagen que funciona como una fijación estática. Esto evidencia la ambigüedad del poder de la imagen especular.

Para que este reconocimiento se establezca, se hace imprescindible la presencia de otro que le indique que esa imagen reflejada le pertenece, sancionando así su descubrimiento en el espejo. Este otro señala y afirma que aquello que está visualizando en el espejo es él mismo, estableciendo en el registro imaginario una imagen de completud, aquel que ve es él sin fragmentaciones. Este otro, escrito con minúscula (*autre*), representa al semejante con el que el sujeto se identifica de manera especular, así el yo se construye tomando como modelo al otro, estableciendo una relación en la que se articula el mundo interior con el mundo circundante. Se puede entender también que esta identificación primordial es mediada por el Otro, con mayúscula, en la medida en que ese Otro, encarnado comúnmente por figuras parentales, habilita el acceso a esta imagen y hace que el sujeto la reconozca como propia, por lo que el niño se constituye en razón de la mirada del otro. Esto da lugar a la configuración del narcisismo mediante un proceso de interiorización de la imagen reflejada en función del lugar que dicha imagen ocupa en el deseo del Otro, lo que inaugura el yo ideal como imagen unificada y totalizante del cuerpo.

El narcisismo, según el cual la imagen del cuerpo propio se sostiene en la imagen del otro, introduce una *tensión*: el otro en su imagen a la vez me atrae y me repele; en efecto, yo no soy más que el otro y al mismo tiempo él permanece *alienus*, extranjero; ese otro que soy yo mismo es otro que yo mismo (Julien, 1985, p.40).

Esto da cuenta de la alienación señalada anteriormente y de la condición de ajenidad que se establece con la imagen observada, produciendo este doble efecto de identificación y exterioridad.

Para Lacan (1966a) el estadio del espejo desempeña un papel ortopédico frente a la prematuración del ser humano, proporcionando al sujeto una primera unidad imaginaria. Se lo define, entonces, como un momento clave en la constitución del yo, ligado al registro imaginario, pero también al registro simbólico, en tanto el reconocimiento de la imagen requiere la presencia del Otro. Por lo tanto, el niño se identifica con una imagen virtual que unifica su cuerpo fragmentado, pero que no coincide plenamente con su ser, en otras palabras, siempre hay una distancia con esta imagen, lo que inscribe una incesante búsqueda de completud. Así se revela la capacidad de engaño que tiene la imagen, lo que señala la función de desconocimiento del yo.

Este proceso de alienación inicial sienta las bases para las identificaciones secundarias. Dirá Lacan (1956-1957) que “esta relación con la imagen y la *gestalt* le proporciona al sujeto la matriz alrededor de la cual se organiza para él su vivencia de incompletud” (p.178). En este sentido, la estructuración subjetiva está marcada por una alienación continua a imágenes externas del yo, lo que constata su incompletud y su condición de sujeto escindido. A lo largo de la vida, esta primera alienación es evocada en función de los discursos y las identificaciones que se van inscribiendo en la cadena significativa.

## 1.2 Hiancia, división e inconsciente

A partir de los desarrollos anteriores, que habilitan a pensar el advenimiento del inconsciente en relación a la identificación especular, es que Lacan (1964) expone los conceptos de alienación y separación. Estas operaciones explican el proceso en el que el sujeto se constituye en relación al significante y al Otro, aspectos que se relacionan con tres términos sustanciales en su teoría: hiancia, división e inconsciente.

En la enseñanza de Lacan (1954-1955) el sujeto mantiene una relación de hiancia tanto con su propia imagen como con el Otro, es decir, una tensión alienante que surge en el estadio del espejo y en su inscripción en el lenguaje. Según Evans (1997), el término francés *béance* (hiancia) es una voz literaria anticuada que significa “agujero o abertura

grande" (p.105), y señala una falta que constituye al sujeto, quien se encuentra estructuralmente dividido.

Uno tiene que suponer una cierta hiancia biológica en él [el hombre], que yo trato de definir cuando les hablo del estadio del espejo (...) El ser humano tiene una relación especial con su propia imagen -una relación de hiancia, de tensión alienante- (Lacan, 1954-1955, p.476).

A través de la función imaginaria del estadio del espejo, se produce un intento de tapar esta hiancia, dando una ilusión de unidad y completud al sujeto. Pero es solo una unidad aparente, dado que en el nivel simbólico la falta persiste. El sujeto no solo se encuentra dividido por su relación especular, sino también por el lenguaje.

El significante, como se ha descrito, es entendido como lo que representa al sujeto para otro significante. En este proceso de representación, el sujeto queda capturado en la estructura del lenguaje, pero al mismo tiempo se desvanece en él. En palabras de Lacan (1964), "queda fijado como significante" (p. 206). Es en este punto donde la hiancia imaginaria y el vacío simbólico se articulan, este vacío se inscribe en lo simbólico como el efecto de la estructura significante. Si en el estadio del espejo el sujeto intenta unificarse con su imagen, en el lenguaje experimenta otra forma de división, es decir, se encuentra representado por los significantes, pero nunca completamente capturado en ellos. En ambas cuestiones, el sujeto se encuentra dividido, sostenido en una falta imposible de colmar (Lacan, 1964).

El concepto de división, siguiendo a Laplanche y Pontalis (1998), ya había sido formulado en diversos trabajos psicopatológicos mediante expresiones como doble conciencia o disociación psíquica. Luego se formalizó como escisión de la consciencia, escisión del contenido de la consciencia o escisión psíquica. En Freud, aparece la división en relación a su teoría del inconsciente, siendo este un lugar autónomo que se encuentra fuera del campo de la consciencia en favor del mecanismo de la represión. En razón de esta teorización, se podría considerar la división psíquica como una división del sujeto. Para Lacan esto es primordial, ya que en función de esta división adviene el sujeto enmarcándose en una subjetividad determinada y estructurándose en cierto modo psíquico.

De acuerdo con esto, es que el psicoanalista francés enfatiza en la función del significante como aquel que permite la constitución del sujeto, pero al costo de reducirlo y capturarlo (Lacan, 1964). El sujeto "está en un lugar indeterminado, anudado al significante

que desarrolla sus redes, encadenamientos e historia” (Lacan, 1964, p.216), y puede ocupar distintos lugares según el significante bajo el cual se lo coloque. De esta manera, “solo puede captarse a través del lenguaje en calidad de representación, de máscara que lo aliena pues lo oculta ante sí mismo” (Dor, 2000, p. 121). Se podría decir entonces que se da inevitablemente una pérdida en esta inscripción al lenguaje. ¿Cuál es la pérdida? El ser en tanto totalidad, porque al entrar en el campo del sentido del Otro, se constituye como sujeto del inconsciente según la lógica de la falta que instaura el lenguaje. Es así que el inconsciente es primariamente lingüístico y no puede ser simplemente equiparado a “lo que es reprimido” como defendía Freud. El motivo para Lacan (1959-1960) de que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje, es que “solo captamos el inconsciente cuando finalmente es explicado, en esa parte de él que se articula al pasar a palabras” (p.32).

### 1.3 Alienación y separación

Los planteos anteriores nos remiten a la operación que funda al sujeto, es decir, la alienación. Tal como lo piensa Lacan, la alienación es ineludible, no es un acto que pueda trascenderse, sino que es un rasgo constitutivo esencial. No hay posibilidad de escapar de esta división, lo que llevará al sujeto a no poder constituirse como “completo”. Para ilustrar este proceso se sirve de la lógica de conjuntos, donde opone, en cuanto a la entrada al inconsciente se refiere, a los conjuntos del sujeto y del Otro. “El Otro es el lugar donde se sitúa la cadena del significante que rige todo lo que, del sujeto, podrá hacerse presente, es el campo de ese ser viviente donde el sujeto tendrá que aparecer” (Lacan, 1964, p. 212). Es decir, el sujeto es un efecto de los significantes, este “ser viviente”, entendido como un organismo biológico, necesita ingresar en el campo del lenguaje para constituirse como sujeto, apareciendo entonces, cuando es nombrado, encarnado y capturado por los significantes. Más allá de aquellos significantes que lo anteceden, se encuentran aquellos que “vehiculizan los deseos, conscientes e inconscientes, de los Otros parentales, que constituyen la alienación simbólica del sujeto” (Chemama, 1998, p. 70).

El autor asume que este proceso implica una disyunción o división en la que el sujeto aparece, por un lado, como sentido producido por el significante y, por el otro, como afánisis. Este último término fue introducido en psicoanálisis por Ernest Jones, quien lo utilizó para referirse a “la desaparición del deseo sexual” (Evans, 1997). Lacan toma este concepto, pero lo reformula indicando que la afánisis no significa la desaparición del deseo, sino la

desaparición del sujeto (Lacan, 1964). Algo así como un desvanecimiento del sujeto, lo que indica que su existencia es virtual y emerge por efecto de los significantes, impidiendo que tenga permanencia en el tiempo. No hay un significante último que signifique el ser del sujeto, sino que su representación está siempre en relación con otros significantes, “o al menos, con otro que se opone, que lo acompaña o que lo sigue” (Chemama, 1998, p.10). Asimismo, emplea otro término, “fading”, al que homologa con la afánisis, refiriéndose en este sentido a la desaparición del sujeto en el proceso de la alienación.

Tal división establece un vel, el cual se define como “una conjunción disyuntiva que sirve para nombrar dos o más cosas dejando libre la elección o conjetura, porque designa una diferencia fundada meramente en la opinión” (como se citó en Lacan, 2009, p. 800). La elección de la alienación se vincula con la operación denominada reunión, “cuyas propiedades dependen de que en la reunión uno de los elementos entrañe que sea cual fuere la elección, su consecuencia no sea ni lo uno ni lo otro” (Lacan, 1964, p.219). Esto lo ejemplifica con la elección de “¡la bolsa o la vida!”. Propone Lacan que, si se elige la bolsa, se pierden ambas. Si se elige la vida, queda una vida sin la bolsa, o sea una vida cercenada. Lo mismo con “¡la libertad o la vida!”, si se elige la libertad, se pierde ambas inmediatamente, si se elige la vida, sería una vida suprimida de la libertad. Este es el punto de partida de la primera alienación, a través de la cual el ser humano se conduce hacia la esclavitud (Lacan, 1964). Pero, en el caso de “¡libertad o muerte!”, al entrar en juego la muerte, en ambos casos, se tiene a las dos. Es decir, si se elige la libertad, entonces es la libertad de morir. “La única prueba de libertad que puede darse es justamente elegir la muerte, pues así se demuestra que no se tiene la libertad de elegir” (Lacan, 1964, p.221). La elección implica que se conserve una de las partes, puesto que la otra desaparece de todas formas.

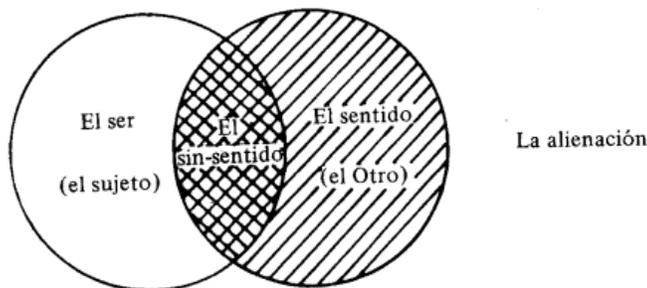


Figura Nro. 1

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (p. 219), por J. Lacan, 1964, Paidós.

Como se observa en la figura Nro. 1, en el caso de la alienación esas partes se asocian a, por un lado, el ser (el sujeto) y, por el otro lado, el sentido (el Otro). En la intersección de ambos conjuntos se encuentra el sin-sentido, función asociada a la operación de separación. Esto da cuenta de la elección forzada que supone este proceso, donde cualquier opción conlleva una pérdida. Como se indicó anteriormente, esta pérdida refiere al ser. Si el sujeto opta por el ser, este se desvanece en el sin-sentido, en cambio, solo puede emerger en el campo del Otro bajo la forma del sentido. Sin embargo, al elegir el sentido, pierde aquella dimensión de sin-sentido que define al inconsciente. Así el sujeto aparece en tanto sentido, pero a costa de la desaparición de su ser, sin poder captarse completamente en el sentido que se articula en el campo del Otro.

Este mecanismo implica que el sujeto queda atrapado en los significantes del Otro, aunque nunca se agota ni se representa por completo en el significante como tal. Al ser nombrado por el significante, el sujeto queda petrificado. “Este significante se produce en el lugar del Otro todavía no delimitado, haciendo surgir allí al sujeto del ser que no tiene todavía la palabra, pero al precio de coagularlo” (Lacan, 1966b, p.799). La característica principal de la alienación es que establece una relación entre el sujeto y el Otro donde no hay exclusión, porque todavía no está delimitado cuál es el campo del sujeto y cuál es el campo del Otro.

Esta coagulación produce sentidos estáticos, pero es lo que permite que el sujeto emerja, por lo que no es causa de sí mismo, sino causa del significante. Aun así, ningún significante bastará para definirlo, cualquier sentido que adquiera está siempre en relación con otros significantes. Por esta razón, el psicoanalista establece que “el objetivo de la interpretación no es el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido para encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto” (Lacan, 1964, p. 219).

Lo que refiere al sin-sentido, es lo que para Lacan constituye al inconsciente. Por tanto, el inconsciente no se trata de algo interior, ya que la palabra y el lenguaje son fenómenos intersubjetivos, “el inconsciente es transindividual” (Lacan, 1966a, p.49), implica una exterioridad. Se distancia de la fórmula freudiana del inconsciente como una interioridad donde se almacenan deseos reprimidos, y expone que somos hablados por el Otro, hay significantes que circulan y que provienen de este lugar que nos precede. Para referirse a la naturaleza misma de la alienación, inventa un neologismo para mostrar que la alteridad, es decir, el Otro, habita el núcleo más íntimo del sujeto. El término que emplea es el de extimidad, *extimité* en francés, aplicando el prefijo *ex* (de *exterieur*, “exterior”) a la

palabra francesa *intimité* ("intimidad") (Evans, 1997). En palabras de Lacan (1959-1960), "el Otro es algo extraño a mí, aunque está en mi núcleo" (p.71). Aspecto que se vincula con el proceso del estadio del espejo y cómo la imagen que se observa es siempre la de un otro, pero que al mismo tiempo se la identifica como propia.

Esto daría cuenta de la captura simbólica que representa la alienación, pero que también tiene su correlato en lo imaginario con la constitución del yo (*moi*), la identidad especular. Según Dor (2000), "los enunciados que el sujeto articula sobre sí mismo crean una verdadera mistificación en la que él se aliena en el registro imaginario" (p.137). Esta mistificación da lugar a una "objetivación imaginaria" del sujeto, quien se identifica cada vez más con los distintos "representantes" que lo actualizan en su discurso (Dor, 2000). Es decir, el sujeto se aliena en una imagen de sí mismo que refuerza el yo (*moi*), alejándose de lo que verdaderamente habla en él. Las certezas que parecen absolutas son, en realidad, espejismos propios del registro imaginario.

Para pensar la alienación imaginaria recurriré brevemente al caso Dora expuesto por Freud en *Fragmentos de análisis de un caso de histeria* (1905). Dora se presenta como una histérica, manifestando síntomas como ataques de tos, ahogo y afonía, siendo el eje del análisis su implicación en una red vincular compleja entre su padre y un matrimonio cercano a la familia, integrado por el señor K y la señora K. Su padre establece un vínculo amoroso con la señora K, y Dora ocupa una función encubridora en esta situación, al interpretar que su padre desea ofrecerla como objeto al señor K, a cambio de mantener su relación. La trama se estructura como un grupo cuaternario, donde el equilibrio entre las posiciones se sostiene justamente por este lugar en el que Dora se coloca (Lacan, 1955).

Es en este punto donde Lacan cuestiona el proceder de Freud, quien buscaba responder qué desea Dora y guiaba el análisis hacia un supuesto interés por el señor K, cuando la pregunta a formular debería ser *quién* desea en Dora. Esta hipótesis que mantenía Freud se apoya en escenas de seducción por parte del señor K, que interpreta como indicios de un deseo inconsciente por parte de ella, pero que Dora describió como displacenteras. Más adelante, se revela que el verdadero objeto de amor de la analizante era la señora K. En esta línea, es que Dora se encuentra identificada con la figura del señor K, ya que desea lo que él desea (a la señora K). Esto adquiere significado en tanto el síntoma de la afonía se precipita cuando el grupo se descompensa por la ausencia de uno de sus personajes, en este caso el señor K, quien realizaba viajes por trabajo. Desde la perspectiva lacaniana, esta identificación que sostiene el grupo puede articularse con el

proceso de constitución del yo en el estadio del espejo, el cual se origina en una exterioridad y da lugar a una parte que le resulta ajena al sujeto.

La cuestión de saber dónde está el yo de Dora está así resuelta: el yo de Dora es el señor K. La función que cumple en el esquema del estadio del espejo la imagen especular, en la que el sujeto ubica su sentido para reconocerse, donde por vez primera sitúa su yo, ese punto externo de identificación imaginaria, Dora lo coloca en el señor K. En tanto ella es el señor K. todos sus síntomas cobran su sentido definitivo. La afonía de Dora se produce durante las ausencias del señor K., y Freud lo explica de un modo bastante bonito: ella ya no necesita hablar si él no está, sólo queda escribir. Esto de todos modos nos deja algo pensativos. Si ella se calla así, se debe de hecho a que el modo de objetivación no está puesto en ningún otro lado. La afonía aparece porque Dora es dejada directamente en presencia de la señora K. (Lacan, 1955-56, p. 250).

El señor K funciona como intermediario de su deseo, sin embargo, ella no logra decir nada sobre quién es ni lo que quiere, siendo esta la cuestión primordial para la emergencia del síntoma. Lacan traslada este vínculo cuaternario al esquema que denomina como lambda o "L", que esclarece la relación imaginaria con el semejante y la relación simbólica con el Otro a partir de cuatro elementos.

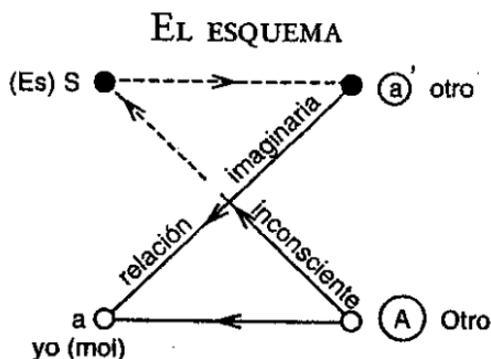


Figura Nro. 2

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 4: La relación de objeto* (p. 12), por J. Lacan, 1956-1957, Paidós.

Este diagrama ilustra el proceso de alienación, donde la relación del sujeto (S) con el Otro (A) está mediada por un mensaje que es desconocido porque está "deformado, detenido, capturado, por la interposición de la relación imaginaria entre a y a', entre el yo y el otro" (Lacan, 1956-1957, p.12). El sujeto y el otro (a') mantienen un lazo imaginario que,

como vimos, es conflictivo, es un yo con el que se identifica pero que también puede ser un rival. La relación del yo (*moi*) con el Otro refiere a una búsqueda ilusoria de reconocimiento por parte del Otro que garantice una cierta coherencia.

El esquema muestra entonces que el yo (*moi*) es una imagen alienada que emerge a partir del estadio del espejo; que el sujeto no es autónomo, sino que se encuentra estructuralmente dividido y que su deseo pasa por el Otro, que es quien otorga una batería determinada de significantes. Asimismo, esto demuestra que las relaciones imaginarias con el otro siempre están mediadas por lo simbólico. La imagen que el semejante nos devuelve entrama, sin que lo sepamos, nuestra propia historia a partir de la sujeción a los significantes del Otro. Por eso se habla de espejismos, de identificaciones que ocultan los significantes que las enmarcan.

A partir del anterior esquema es que Lacan (1956-1957) realiza el siguiente adaptado al caso Dora.

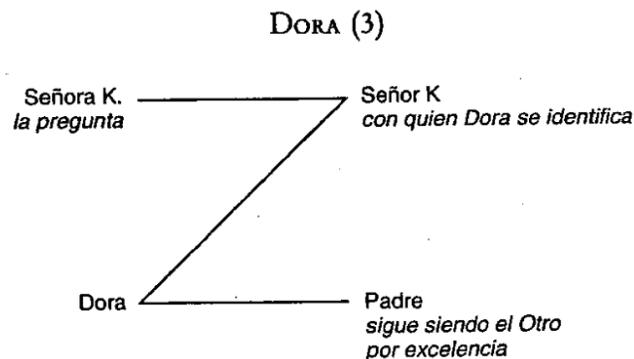


Figura Nro. 3

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 4: La relación de objeto* (p. 145), por J. Lacan, 1956-1957, Paidós.

El esquema da cuenta de la relación imaginaria y alienante que Dora establece con el señor K, mostrando cómo Dora se encuentra atravesada por los significantes provenientes del Otro, representado por su padre. Además, para Lacan (1955) se formula una pregunta primordial en esta trama que se posiciona en el lugar de la señora K: “¿Qué es la mujer?” Dora formula esta pregunta latente que escapa a la formulación de su propio deseo, colocándose en la figura del señor K, quien desea a la señora K. La cuestión apunta a qué hace a la señora K una mujer deseada tanto por el padre de Dora como por el señor K. Dora no logra ubicarse en una posición ni deseante ni deseada, su interrogación se dirige

más bien a qué hace de la señora K una mujer deseada. Su propio deseo nunca fue reconocido en el análisis freudiano, lo que impidió que fuera simbolizado. Cualquier intento de intervención parecía reducirse a una suposición de Freud acerca del interés que Dora sentía por el señor K.

¿Cómo es posible, entonces, que surja un reposicionamiento en relación al deseo? La posibilidad radica en que estas identificaciones pierdan su estatuto y caigan, abriendo una vía hacia un deseo propio, un deseo que no remita a una lógica alienante, lo que nos conduce a la operación de separación.

Lacan (1964, p.221) realiza un juego de palabras con el término *separare* (separar en latín), que puede referirse tanto a procurarse como parirse, es decir, engendrarse a sí mismo. Por tanto, el sujeto emergería a partir de la separación. Si tomamos como referencia la figura Nro. 1, la separación daría lugar a la constitución de una falta compartida tanto por el conjunto del sujeto como por el del Otro, lo que antes era común a ambos ahora se transforma en una pérdida. La porción del sin-sentido que sería la intersección de los dos conjuntos, está relacionada con la operatoria de separación. Entonces, se le sustrae al Otro lo que era compartido por ambos, quedando el sujeto identificado en ese elemento como sujeto del inconsciente.

Planteará Lacan (1966b) que “para guarecerse del significante bajo el cual sucumbe, el sujeto ataca a la cadena, que hemos reducido a lo más justo de un binarismo, en su punto de intervalo” (p.802). La cadena es un binarismo porque está armada de dos elementos: significantes e intervalos. Si el sujeto se quiere guarecer del significante, es decir, protegerse de esta opresión del significante, no debe ir hacia donde se encuentra el significante, puesto que el sujeto es la articulación entre dos significantes, sino hacia los intervalos. En este sentido, Lacan propone que el sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas de su discurso. En los intervalos del discurso del Otro se instala la pregunta: *pero ¿qué quiere?* (Lacan, 1964, p. 222). El intervalo que se repite, que constituye la estructura más fundamental de la cadena significativa, es el espacio que se asocia con la metonimia, la cual actúa como el medio a través del cual se despliega el deseo. La metonimia se define como “la relación diacrónica entre un significante y otro en la cadena significativa” (Evans, 1997, p. 129). Mientras que la metáfora refiere a la sustitución de un significante por otro, la metonimia se relaciona con los modos en que se combinan los significantes. Ambas como mecanismos propios del lenguaje, constituyen el modo de producción de sentido. De acuerdo con Lacan, el deseo es una metonimia porque

siempre es deseo de alguna otra cosa, cuando el objeto del deseo se alcanza, ya no es deseable, y por lo tanto se desliza hacia otro objeto.

Es en este vacío entre significantes que en el deseo del Otro se revela su falta y el sujeto se realiza al desaparecer como sentido. En esta desaparición, el sujeto introduce una falta en el Otro, articulando el deseo de este con la parte de sí mismo que recupera y que había perdido en su alienación (Lacan, 1966b). Así, Lacan (1958-1959) sostiene que el deseo es el deseo del Otro, en la medida en que el deseo del sujeto consiste en ocupar el lugar del deseo del Otro, ser deseado y reconocido por este. Lo que genera la separación es hacer coincidir los deseos. Sin embargo, este deseo no es algo posible de que se concrete en tanto permanece inalcanzable, estableciéndose una falta imposible de colmar que constituye al sujeto como deseante. En un intento por alcanzar este deseo, el sujeto se enfrenta con su propia carencia, con su incompletud.

En términos lacanianos, este sujeto marcado por la falta se nombra como sujeto barrado, y se define de la siguiente manera: “el sujeto barrado como tal es lo que representa para un significante este significante de donde ha surgido un sentido” (Lacan, 1966-1967, p.21). Esto se simboliza tachando la S ( $\$$ ). Al ser efecto de la cadena significativa, el sujeto solo adviene a partir del juego entre significantes, sin tener un sentido estático.

Si hablamos de una falta compartida es porque de forma implícita hay algo que se pierde, producto de la separación del sujeto y el campo del Otro. Este resto es lo que el autor denomina como objeto *a*. Concibe al objeto *a* como aquello que causa y sostiene el deseo del sujeto, nombrándolo como “el objeto-causa” del deseo. Al ser un excedente no puede ser simbolizado, adquiriendo su estatuto en lo real, aunque guarda relación con los registros imaginario y simbólico. Lo real sería aquello que está “por fuera del lenguaje, el dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización” (Lacan, 1966a, p.388). Esto lo llevará a describir lo real como lo imposible, porque está más allá de lo que el lenguaje y las imágenes pueden captar completamente. El objeto *a* entonces, viene a representar la carencia producida por la separación.

Según estas consideraciones, Lacan sostiene que se produce una torsión en estas operaciones, ya que la separación representa un regreso a la alienación. El sujeto, al separarse, da cuenta de que su constitución es doble, está dividido. Así la separación remite a la misma división, estableciendo una relación de circularidad: la alienación apunta a la

separación, y la separación a la alienación. En otras palabras, lo que le falta al Otro es lo mismo que le falta al sujeto.

### 1.3.1. **Cogito cartesiano**

En el *Seminario 14: La lógica del fantasma*, Lacan (1966-1967) se introduce en un debate cartesiano en relación a la proposición *Cogito ergo sum*, “pienso, entonces existo”, que dará lugar a una nueva teorización sobre la alienación. Descartes llega a esta máxima al dudar de sus propios sentidos y creer que un “genio maligno” puede estar engañándolo. Sin embargo, lo que puede constatar es que piensa porque duda, por tanto, no puede negar que está pensando, es así que la certeza de la existencia del sujeto deriva de su acto de pensar. Pero ¿cuál es la lectura lacaniana del cogito cartesiano? Para Lacan el sujeto no puede dar cuenta de su existencia mediante el pensamiento, sino que es un efecto del lenguaje y su lógica significante, por lo que no podemos hablar de un sujeto autónomo, propietario absoluto de su discurso. No estamos ante un yo unitario, sino que, como vimos anteriormente, se despliega una incesante búsqueda de completud, lo que revela la propia división del sujeto entre aquello que cree ser y lo que el lenguaje desvela de él, entre aquello que cree decir y lo que verdaderamente dice.

Para Descartes la proposición “yo pienso, yo existo” es necesariamente verdadera, pero ¿qué sucedería si no fuera posible afirmar que se está pensando? Esto instala un problema lógico que Lacan indagará sirviéndose de las Leyes de De Morgan, que ponen en cuestión la confirmación de alguna existencia, puesto que si el enunciado “yo existo” fuera falso, la certeza caería. Aun así, el filósofo resuelve este problema mediante la existencia de un Dios como garante de un saber absoluto e incapaz de engañar, lo que afirmaría la propia existencia del sujeto. Pero Lacan (1966-1967) discrepará con esta teoría, y dirá que este Dios “no existe (...) no hay ningún lugar donde se asegure la verdad constituida por la palabra (...) el Otro está marcado” (p.5).

“El paso cartesiano, a saber, limita la instauración del ser como tal a aquel del yo pienso del cogito” (Lacan, 1966-1967, p.5), estableciendo la existencia del sujeto en el marco del pensamiento. Sin embargo, Lacan (1966-1967) se distancia de esta idea y plantea que pensamiento y ser se excluyen mutuamente. En esta línea, en el inconsciente “todo está permitido salvo articular: entonces soy” (p.24). Esto lleva a dilucidar que el sujeto no es una entidad sustancial, sino que se constituye como un vacío, un conjunto que no

contiene ningún elemento, lo que nos remite a la noción de que el sujeto está atravesado por una falta estructural, no posee una esencia, por el contrario, se configura como un vacío entre significantes.

Para que el razonamiento del cogito sea válido es imprescindible que ambas proposiciones sean verdaderas. Esta regla se puede expresar mediante la lógica proposicional a partir de la implicación material, ilustrada como  $P \rightarrow Q$ , que se lee “si P, entonces Q”. La implicación material establece que la expresión  $P \rightarrow Q$  solo es falsa cuando P es verdadero y Q es falso. Si pensamos en el cogito, P sería “pienso” y Q “existo”. Bajo esta lógica, la única forma de que la afirmación “pienso, entonces existo” sea falsa, es que el enunciado “existo” sea falso, pero para Descartes esto es impensable, porque siempre que hay pensamiento, hay existencia. Se trata de un individuo que, por su condición misma de individuo, es indivisible, no hay lugar para ningún tipo de hiancia, contrario a lo que postula Lacan.

En ese sentido, dentro del pensamiento cartesiano, la proposición  $P \rightarrow Q$  al constituir una certeza, confirma que ambos enunciados deben ser verdaderos, por lo que el pensamiento se convierte en la prueba irrefutable de la existencia. En cambio, Lacan (1966-1967) propone que, si las dos proposiciones “son verdaderas, el resultado de la operación es falso” (p.186). A partir de esta relectura que realiza del cogito cartesiano, es que establecerá una nueva formulación de la operación de alienación.

En su seminario comienza planteando la negación de una conjunción: a y b. Según las leyes de De Morgan, negar una conjunción equivale a afirmar al menos una de las proposiciones negadas, es decir, a o b, no-a o no-b. El autor se sirve de esta teorización para problematizar las proposiciones que conforman el cogito. Lo que sugiere Lacan (1966-1967) es que los enunciados “yo pienso” y “yo soy”, queden articulados de manera “o yo no pienso o yo no soy”. Este o indica que se trata de al menos uno pero no más, se debe elegir, lo que nos recuerda a lo expuesto en el Seminario 11 sobre la elección de los conjuntos del sujeto y del Otro, en donde se da inevitablemente una pérdida.

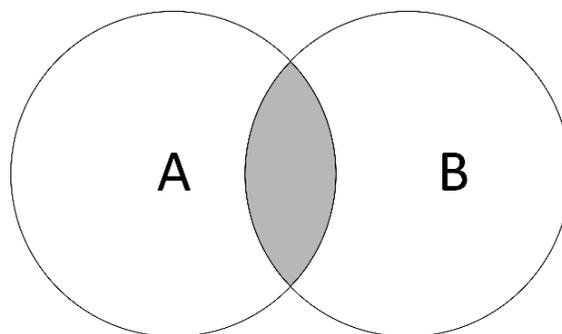
Esto lo desglosa a partir del enunciado de De Morgan en articulación con la teoría de conjuntos: “en el conjunto formado por esos dos campos cubiertos por las dos proposiciones en causa, la negación de la intersección es igual a la unión de la negación de A y de B” (Lacan, 1966-1967, p.26). La negación de la intersección se expresaría de esta manera:  $\neg(A \cap B)$ , lo que indica que A y B no pueden ser verdaderos simultáneamente,

es decir, no hay elementos que pertenezcan a ambos al mismo tiempo. La unión de la negación de A y B, se declara como  $\bar{A} \cup \bar{B}$ .

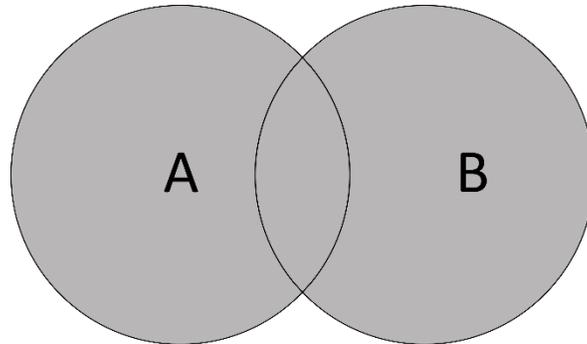
Siguiendo esta lógica, pensamiento y ser no pueden coexistir simultáneamente, por el contrario, constituyen las dos caras de una elección “alienante”, que se traduce en “o yo no pienso o yo no soy”. La intersección de este enunciado implicaría un no ser y un no pensar. Como vimos, Lacan descarta la posibilidad de un “entonces soy” en relación al inconsciente, pero también rechaza la idea de un pensamiento absoluto. Es donde el sujeto no piensa que el inconsciente se manifiesta, es decir, en los equívocos, en los silencios, en la angustia, en los sueños, en los síntomas. Es en ese punto que se revela la verdad de la estructura, factor ligado al objeto *a*. Lacan (1966-1967) sostiene que el objeto *a* se relaciona con lo que denomina “operación de verdad”, la cual se produce cuando irrumpen el inconsciente, es decir, cuando algo inesperado emerge y revela lo no dicho. Es un resto que escapa al sujeto y marca una falta estructural, y se manifiesta en ciertos momentos como un elemento que retorna, presentándose como una revelación que no puede ser totalmente registrada por el yo e introduce un corte en su consistencia imaginaria. En relación a esto se distinguen dos modos de la falta bajo los cuales se anuncia el sujeto del inconsciente: o yo no pienso, o yo no soy.

Para ilustrar esto se vale de los círculos de Euler, que indican que la intersección es lo que está naturalmente excluido dentro de esta fórmula. Abordemos esto mediante la teoría de conjuntos.

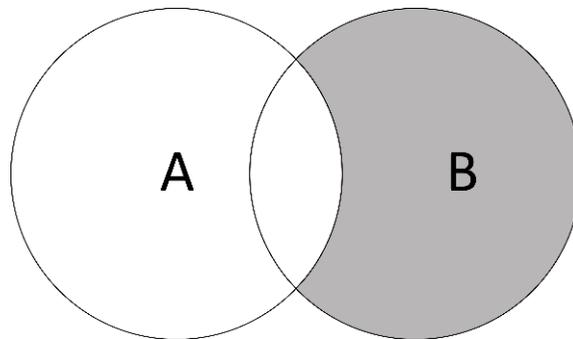
La fórmula  $A \cap B$  (el símbolo “ $\cap$ ” representa la intersección de los conjuntos) se expresa a través del siguiente diagrama, siendo la parte gris la intersección de ambos conjuntos:



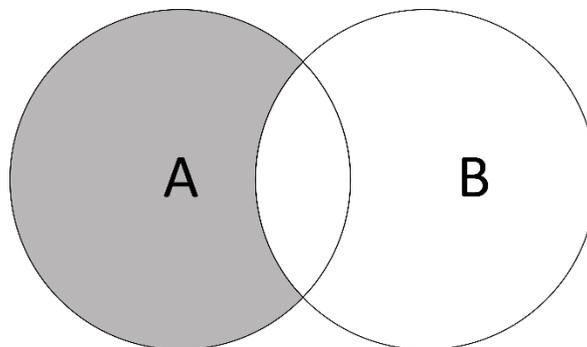
La fórmula  $A \cup B$  (el símbolo “U” representa la unión de los conjuntos) se grafica de la siguiente manera, la parte gris es lo que corresponde a la unión de A y B.



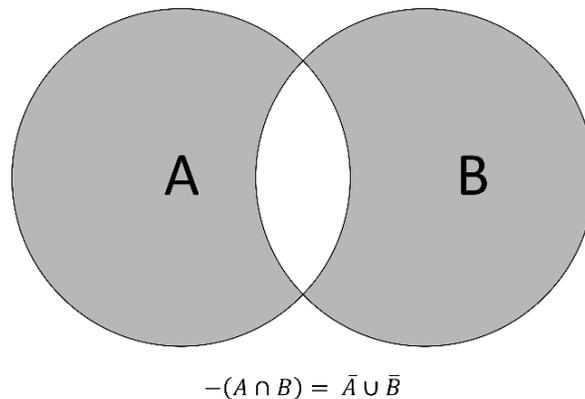
En este diagrama la parte gris es la que corresponde a la negación de A ( $\bar{A}$ ):



En este diagrama la parte gris corresponde a la negación de B ( $\bar{B}$ ):



La porción blanca (intersección) es lo que queda excluido de la unión de las negaciones de A y B:



Esta exclusión que establece se articula con la noción de intersección como conjunto vacío. “Este conjunto vacío, en tanto que representa al sujeto de la enunciación, nos fuerza a tomar, bajo un valor que debe examinarse, la función de la negación (Lacan, 1966-1967, p.27)”. En este caso, la negación no recae ni sobre el pensar ni sobre el ser, sino sobre el elemento común a ambos, aquello que Lacan denomina “je”, y que corresponde al sujeto de la enunciación.

En su teoría se da una distinción entre enunciado y enunciación, lo cual permite diferenciar dos niveles del discurso, el del inconsciente y el de la consciencia. El enunciado refiere al valor informativo de lo dicho, mientras que la enunciación implica al sujeto del inconsciente, quien, en tanto ser hablante, dice más de lo que cree decir. Por esta razón, sostiene que la fuente de la palabra no reside en el yo ni en la consciencia, sino que se encuentra en el inconsciente. Como sugiere Evans (1997), “el lenguaje proviene del Otro, y la idea de que “yo” soy amo de mi discurso es solo una ilusión” (p.78).

Este “yo” situado a nivel del enunciado remite al *moi* constituido en el estadio del espejo, que tiende a coagular el sentido a través de identificaciones imaginarias que dan una ilusión de coherencia. Sin embargo, el ser no puede ser significado completamente debido a su división estructural, por lo que no puede asegurarse ninguna consistencia. Esto indica que el sujeto no puede ser definido de forma plena, lo cual se representa en el diagrama por medio del conjunto vacío que designa al sujeto de la enunciación, produciéndose así un rechazo del ser en tanto esencia.

A partir de estos desarrollos sobre la alienación, Lacan describe que la relación del sujeto con el campo del Otro, no se trata de

que nosotros somos el Otro, o que los otros, como se dice (...) nos desfiguren o nos deformen. El hecho de la alienación no es que seamos retomados, rehechos, representados en el Otro, sino que está esencialmente fundado, al contrario, sobre el rechazo del Otro en tanto que este Otro — el que yo señalo con una A mayúscula — es lo que ha venido al lugar de esa interrogación del Ser, alrededor de lo cual hago girar hoy esencialmente el límite y el franqueamiento del cogito (Lacan, 1966-1967, p.216).

Este rechazo del Otro se sostiene en la imposibilidad misma de que el sujeto sea completamente captado o, como dice Lacan, petrificado en el campo del Otro. Por esta razón se instala la pregunta sobre qué quiere el Otro de mí, lo que desemboca en una interrogación del ser y en la configuración de un enigma. El sujeto busca en el Otro una respuesta sobre quién es, pero se confronta con que el Otro está marcado por la falta, lo que imposibilita una respuesta definitiva. En este sentido, Lacan (1966-1967) afirma que en la alienación “nos percatamos de la caducidad de todo lo que se funda solamente sobre el recurso al Otro” (p.243). No estamos ante un Otro absoluto, garante total del saber y el sentido, como el Dios perfecto de Descartes. En razón de esto el autor llega a la afirmación “no eres más de lo que soy yo” (Lacan, 1966-1967, p.35), lo que señala que tanto el sujeto como el Otro están barrados y no es posible comprenderlos como conjuntos cerrados e inacabados. Por esto, Lacan concibe la alienación y separación en una lógica circular, el rechazo del que habla constituye el fundamento esencial de la separación, en la que el Otro se revela como inconsistente, incapaz de definir el ser del sujeto. Así, formula que el Otro no existe, “no hay ningún lugar donde se asegura la verdad constituida por la palabra” (Lacan, 1966-1967, p.38)

Esta subversión del cogito implica una crítica a la psicología del yo, porque “refuta la ecuación: sujeto = yo = conciencia” (Evans, 1997, p. 51). Para Lacan el sujeto no equivale al yo, sino que se encuentra en las manifestaciones del inconsciente, por tanto, el sujeto cartesiano es en realidad el sujeto del inconsciente. La diferencia clave que se establece no es que se parte del enunciado “pienso”, sino de la afirmación “eso piensa” (Lacan, 1964), en otras palabras, el pensamiento no es propiedad del yo, sino un efecto del lenguaje. En su lectura del cogito lo reformula de diversas maneras, siendo una de ellas “pienso donde no soy, por lo tanto, soy donde no pienso”.

### 1.3.2. Dialéctica del amo y el esclavo

Es mediante esta transformación del cogito que Lacan establece que se trata de un antecedente del sujeto del inconsciente, ya que introduce una división entre el pensar y el ser. El sujeto del inconsciente no remite a un “yo soy”, sino que se define como un saber sin sujeto, determinado por el Otro. Esta determinación encuentra un desarrollo dialéctico en la relación del amo y el esclavo propuesta por Hegel.

Hegel introduce esta dialéctica para centrarse en el vínculo interhumano a partir de la lucha y el trabajo. Lacan (1953-1954) señalará que dicha relación “no se trata de domesticación del hombre por el hombre” (p.325), sino que, partiendo de la premisa de que el deseo humano es deseo de reconocimiento, se pone en juego una lucha a muerte. El amo arriesga su vida en esta lucha por puro prestigio, y es así que es reconocido como tal por el esclavo. Sin embargo, se establece una encrucijada, un callejón sin salida, el reconocimiento del esclavo carece de valor para el amo, ya que proviene de alguien que, en su posición de esclavo, no es reconocido como humano.

Por esta razón, el amo pone al esclavo a trabajar para él. “El esclavo transforma la naturaleza a través del trabajo para que el amo pueda consumirla y disfrutarla” (Evans, 1997, p.36). Esta relación fundamental se define por un plano de negatividad, en tanto no se alcanza una victoria absoluta ni un reconocimiento pleno. El amo y el esclavo mantienen una relación dialéctica, en la que se produce una negación de sus respectivas posiciones.

El amo, por su parte, no puede satisfacerse mediante el reconocimiento del esclavo, justamente por la condición de “cosa” que le asigna. El esclavo, aunque en una posición de sometimiento, desarrolla a través del trabajo una nueva forma de relacionamiento con la naturaleza. El amo queda negado debido a que su posición se sostiene únicamente gracias a la intervención del esclavo, mientras que este último, que parecía negado por el amo, niega esa negación al transformar el mundo a través de su trabajo (Evans, 1997).

El psicoanalista francés retoma la dialéctica hegeliana para elaborar su teoría del discurso del amo. Es importante destacar que utiliza el término discurso para señalar que el inconsciente tiene una dimensión transindividual, propia del lazo social y del lenguaje (Lacan, 1972-1973). En esta formulación, el amo está encarnado por el significante amo ( $S_1$ ), que pone a trabajar al esclavo, representado por el saber ( $S_2$ ), generando así un excedente o plusvalía (objeto  $a$ ). Lacan toma el concepto de plusvalía de Marx para referirse a “un exceso de goce que no tiene “valor de uso”, pero persiste por la pura

justificación del goce” (Evans, 1997, p.141), y lo reformula como “plus de goce”. Se entiende al goce como lo que va más allá del principio del placer, el cual impone un límite, “es una ley que le ordena al sujeto gozar lo menos posible” (Evans, 1997, p.103). El sujeto intentará transgredir estos límites, pero en dicha transgresión se encuentra con el dolor, ya que solo una cierta cantidad de placer resulta soportable para él. En este sentido, sostiene que “el goce es sufrimiento” (Lacan, 1959-1960, p.184). El plus de goce es entonces inherente a la condición del ser hablante, en tanto se produce como resto de su entrada en la lógica del lenguaje.

El significante amo es aquello que representa al sujeto ante los demás significantes, instaurando un intento de totalización del campo simbólico. Pero, como insiste Lacan, hay una imposibilidad de alcanzar un saber absoluto, ya que el sujeto nunca puede ser representado en su totalidad. Este excedente o resto (objeto *a*) implica que desde que el sujeto se inscribe en el lenguaje, ya no tiene más acceso directo al objeto, por lo que su deseo solo puede decirse entre líneas (Chemama, 1998). El objeto *a* no refiere a un objeto de consumo o supuesto como disponible, sino que designa un objeto radicalmente perdido.

Para esquematizar esto establece una estructura general del discurso que la traslada a cada uno de los discursos que propone: el discurso del amo, el discurso de la universidad, el discurso de la histérica, y el discurso del analista, que refieren a cuatro modos distintos de relación con la verdad. En este caso nos centraremos en el discurso del amo.

$$\frac{\textit{agente}}{\textit{la verdad}} \rightarrow \frac{\textit{el otro}}{\textit{producción}}$$

*Figura Nro. 4*

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 20: Aun* (p. 26), por J. Lacan, 1972-1973, Paidós.

El agente sería el que actúa. El otro es aquello sobre lo que actúa el agente, porque todo discurso se dirige a otro. La verdad es lo que sostiene, de manera latente, al agente. La producción es lo que se produce como efecto del discurso.

Lacan representa el discurso del amo a partir del siguiente algoritmo que contiene cuatro símbolos algebraicos.

$$\frac{S_1}{\mathcal{S}} \rightarrow \frac{S_2}{a}$$

Figura Nro. 5

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 20: Aun* (p. 26), por J. Lacan, 1972-1973, Paidós.

Siendo  $S_1$  el significante amo,  $S_2$  el saber,  $\mathcal{S}$  el sujeto, y  $a$  el plus de goce. Tomando la estructura de la figura Nro. 5, el significante amo ( $S_1$ ) ocuparía el lugar de agente, es quien ordena, actuando sobre el saber, sobre una batería de los significantes ( $S_2$ ).

$S_2$  trata de los significantes que ya están ahí, mientras que en el punto de origen en el que nos situamos para establecer qué es el discurso, el discurso en su estatuto de enunciado,  $S_1$  debe considerarse como el significante que interviene. Interviene sobre una batería significativa que nunca, de ningún modo, tenemos derecho a considerar como dispersa, como si no formara ya la red de lo que se llama un saber (Lacan, 1975, p.11).

En términos generales, se produce una sustracción del saber del esclavo, que es un saber hacer, para convertirlo en saber de amo.

El esclavo sabe muchas cosas, pero lo que sabe más todavía es qué quiere el amo, aunque éste no lo sepa, lo que suele suceder, porque de otro modo no sería un amo. El esclavo lo sabe, y ésta es su función como esclavo (Lacan, 1975, p.32).

Se instituye en  $S_2$  un saber que no se sabe, significante que no se encuentra aislado sino en articulación con otros significantes que provienen del Otro, creando así lo que Lacan llama como "fantasma de un saber-totalidad" (Lacan, 1975, p.33). Se produce una imposibilidad de un amo absoluto del saber, por lo que subyace una verdad detrás de esta posición, que él mismo es un sujeto dividido ( $\mathcal{S}$ ). De esta manera, lo que se genera como efecto de esta relación es un objeto  $a$ , entendido como un resto, un plus de goce.

En relación con estos postulados, surge la pregunta: ¿de qué modo el discurso del amo revela la alienación del sujeto en la estructura del lenguaje?

El significante amo es aquel que impone el sentido y estructura el saber, es decir, el sujeto articula los diferentes significantes en relación con este significante primero, produciendo así un sentido determinado. Esto muestra que, para entrar en el lazo social, el sujeto debe someterse a un orden de significantes que son exteriores a él. Es posible decir que el sujeto es hablado por los significantes del amo. En articulación con la dialéctica propuesta por Hegel, el sujeto trabaja para el saber del amo, pero este saber no es absoluto, sino que implica una falta. El discurso del amo no solo impone un sentido, sino que revela la falta estructural del saber, dejando al sujeto barrado como efecto de esta operación.

Esta relación entre el discurso del amo y la alienación del sujeto en el lenguaje habilita a pensar también el lugar que ocupa el analista en relación con el saber, dado que Lacan introduce que “el analista es el amo bajo la forma de *a*” (Lacan, 1975, p.35). Este punto será retomado y desarrollado en el capítulo siguiente.

## **Capítulo 2. La posición del analista ante la alienación y separación: discurso, enigma y deseo**

Tras este recorrido, es necesario pensar la situación analítica y la posición que ocupa el analista en el despliegue del deseo. ¿De qué manera puede intervenir el analista para que el sujeto logre decir algo sobre su deseo? ¿Cómo se configura un dispositivo analítico capaz de producir efectos de verdad? Estas preguntas nos conducen a los planteamientos de Lacan en torno al sujeto de la enunciación, a aquel conjunto vacío que se constituye como efecto de la alienación. El análisis consiste en captar aquello que escapa al enunciado pero que se produce en el acto de decir. Es en este lugar donde se ubica la función del analista que radica en operar un corte, una escansión que marque lo no dicho en lo dicho, abriendo vías para que el deseo pueda surgir de otra manera. Esto se articula con lo desarrollado respecto al cogito cartesiano, donde Lacan reformula “pienso donde no soy, por lo tanto, soy donde no pienso”. El inconsciente se produce en ese intervalo, en ese más allá del decir, porque no se pensó lo que se dijo, y es en esa discordancia donde algo del sujeto puede advenir. Sin embargo, el sujeto atrapado en la imagen unificada del estadio del espejo, tenderá a buscar coherencia, consistencia, y una definición del ser. De ahí que surjan preguntas como: ¿Qué quiere el Otro de mí? O ¿Quién soy para el Otro? Estas cuestiones sostienen el lugar del analista como sujeto supuesto saber, bajo la suposición de que sabe algo sobre el deseo y sobre el sujeto mismo.

## 2.1. Niveles del discurso: enunciado y enunciación

Si pensamos al sujeto cartesiano que surge de la afirmación de que el pensamiento y la consciencia de sí refieren a lo mismo, se entiende que la división propia del sujeto del inconsciente en ese razonamiento se encuentra desdibujada. De esta forma, no podría pensarse otro nivel del discurso que no sea efecto del pensamiento, quedando el inconsciente excluido de la ecuación “pienso, entonces existo”. Por esta razón, Lacan formula al inconsciente como vaciado de todo ser y de todo pensamiento, teniendo su expresión en un más allá del decir, en aquello que se escapa al pensar e irrumpe en el discurso. Como se indicó en el capítulo anterior, se distinguen dos niveles en el discurso, uno correspondiente a la dimensión consciente, y otro que remite a lo inconsciente. La parte consciente alude al contenido mismo del decir, mientras que lo inconsciente se manifiesta en lo que se revela más allá de los enunciados, en otras palabras, en la enunciación (Chemama, 1998).

A partir del momento en que la estructura de la cadena significativa ha realizado el llamado al Otro, es decir, donde el proceso de la enunciación se distingue de la fórmula del enunciado y se le superpone, la captura del sujeto dentro de la articulación de la palabra deviene inconsciente (Lacan, 1958, p.25).

Es por esta captura del sujeto por el Otro que se destaca el lugar de la palabra del analizante, en la medida en que su discurso se organiza según una combinatoria significativa que permite una lectura analítica. Esta lectura será fundamental para dejar entrever que los enunciados están sujetos a un decir latente. No se trata de un sujeto autónomo, como el cartesiano, sino de un sujeto dividido, atravesado por una opacidad, por un decir que no se encuentra del todo accesible. “La presencia del inconsciente, por situarse en el lugar del Otro, ha de buscarse en todo discurso, en su enunciación” (Lacan, 1966b, p.793). En cuanto se habla, se enuncia a un Otro que estructura una cadena de significantes que preexisten al sujeto. Por eso Lacan (1958) conceptualizará estos niveles bajo el término de una “duplicidad interna”. Esta duplicidad también encuentra su expresión en el estadio del espejo, en la lucha de dominio que se establece al reconocer que el yo es un otro.

Para dar ejemplo de la discordancia entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación, Lacan (1958) propone la frase en francés *Je crains qu'il ne vienne*, que en español sería: “Temo que venga”. Este *ne* se interpreta como una manifestación de la ambivalencia del deseo, en tanto “el sujeto desea que no venga aquel de quien habla, pero

le parece sin embargo probable que vaya a venir” (Chemama, 1998, p.130). Esto nos revela que es posible desear al mismo tiempo dos cosas contradictorias, es decir, que el otro venga y que no venga. Es a partir de esta contradicción, de los enigmas que surgen por el solo hecho de ser hablantes, que el análisis se orienta hacia la enunciación, hacia el acto singular del habla.

En *Posición del inconsciente*, afirma que "al sujeto, entonces, no se le habla. Ello habla de él y es allí donde él se capta" (Lacan, 1966b, p.835). Este "ello habla" da cuenta de que el sujeto es hablado por el lenguaje, lo cual oculta una verdad que no puede ser dicha del todo, ya que pertenece al orden del inconsciente, entendido como un Otro que habla en el sujeto. Por esta razón, siempre hay algo de desconocido, de interrogativo o de sorpresivo en lo que se dice, porque es a partir del acto de decir que puede advenir la verdad del sujeto. En cambio, en lo dicho, el sujeto se pierde, representado por significantes que lo alienan. El analista deberá intervenir a partir de los significantes que se organizan en el decir, más que en los significados que se articulan en lo dicho. Esto marca un distanciamiento con otras perspectivas que buscan comprender, explicar o atribuir un sentido al material clínico. Es mediante la puntuación del decir que se abre la posibilidad de un efecto de verdad, al introducir un corte significativo en el habla y dar lugar al lenguaje del deseo.

En este punto, se destaca la doble referencia constante al habla y al lenguaje que realiza Lacan. "Para liberar al habla del sujeto, lo introducimos en el lenguaje de su deseo, es decir en el lenguaje primero en el que, más allá de lo que nos dice de él, nos habla sin saberlo" (Lacan, 1966a, p.293).

## 2.2. **Che vuoi?**

Es necesario distinguir los conceptos de necesidad y demanda, que con frecuencia fueron confundidos con el término de deseo, para poder entender cómo se articula este último. La necesidad se sitúa puramente en el campo de lo biológico, de lo que el organismo requiere. Una vez que se satisface, se elimina por completo de forma temporal, hasta que surja nuevamente. Sin embargo, como precisa Lacan, el sujeto humano nace prematuro y se encuentra en un estado de desamparo, por lo que no puede satisfacer sus propias necesidades, dependiendo enteramente del Otro. Para que el Otro aparezca en escena, debe llamarlo y expresar sus necesidades vocalmente, así la necesidad se articula como

demanda. Pero, el Otro no adquiere relevancia solo por atender las necesidades del *infans*, sino que su presencia “simboliza el amor del Otro” (Evans, 1997, p.68). Por tanto, la demanda opera como soporte de la necesidad y también como demanda de amor.

Si bien la necesidad puede ser satisfecha, la demanda de amor no puede responderse del todo, porque no es posible “proporcionar ese amor incondicional que el sujeto anhela” (Evans, 1997, p.68). Esta insatisfacción del anhelo de amor, como resto que insiste, refiere al deseo. “El deseo no es el apetito de satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de sustraer el primero de la segunda” (Lacan, 1966a, p. 287). A diferencia de la necesidad, el deseo no puede colmarse, ya que no tiene un significante propio, lo que impide que sea nombrado como tal. Esto se ilustra en el caso Dora, donde el deseo queda oculto por las exigencias familiares y las demandas de amor. Por eso emerge el síntoma, como otra posible vía de expresión ante la imposibilidad de poner en palabras su deseo. La situación se sostiene en un saber que no se sabe, en el enigma que el deseo instala. Lacan dirá que “el enigma es un decir a medias” (1975, p.37), hay algo que permanece vedado y se juega en la tensión entre enunciado y enunciación.

Es preciso recordar la premisa que afirma que “el deseo es el deseo del Otro”. ¿Qué significa esto? “Significaría que el sujeto sólo desea en la medida en que percibe al Otro como deseante, como sede de un deseo indescifrable -como si un deseo opaco emanara de él o de ella” (Žižek, 2006, p.51). Ya no se trata del Otro como pura instancia simbólica, sino como una figura deseante. De esto surge la pregunta enigmática: “che vuoi?”, “¿qué quieres?” (Lacan, 1966b, p.749).

Retomando lo trabajado sobre alienación y separación, el sujeto capta el deseo del Otro en los puntos de falla de su discurso. Es en esos deslices donde intenta leer una verdad sobre su propio deseo, como si el Otro tuviera la parte que le falta. De esta forma, el deseo se constituye como una búsqueda incesante de lectura y desciframiento del mensaje del Otro, en el intento de saber qué lo hace objeto de deseo. En Dora esto aparece bajo la pregunta “¿qué es la mujer?” que instala la señora K. Es decir, se busca responder a la pregunta ¿qué quiere el Otro de mí? ¿Qué desea en mí? Estas preguntas se sitúan en el lugar de la enunciación. “Ese *Che vuoi?* es, si cabe decirlo, la respuesta del Otro al acto de hablar del sujeto” (Lacan, 1958, p.44). No se trata de interrogar el contenido del enunciado en un análisis, sino de indagar por fuera de los significados, en la posición subjetiva que el hablante ocupa en relación al Otro. Es una pregunta que adquiere un carácter ontológico porque se dirige al ser del sujeto.

Que el sujeto llegue a reconocer y nombrar su deseo: esta es la acción eficaz del análisis. Pero no se trata de reconocer algo que estaría totalmente dado. Al nombrarlo, el sujeto crea, engendra, una nueva presencia en el mundo (Lacan, 1954-1955, p.228)

La palabra impone un límite al deseo. Como indica Lacan (1966a), existe “una incompatibilidad entre el deseo y la palabra” (p. 275). Por tanto, la verdad acerca del deseo no puede articularse de forma acabada, siempre queda un resto que escapa a la simbolización. En la pregunta “¿qué quiere el Otro de mí?”, reaparece la falta constitutiva del sujeto, una falta que no podrá satisfacerse, porque lo que se perdió no puede ser encontrado en el lenguaje. Aun así en ese acto de enunciar el deseo, el sujeto no queda del todo inscrito en la alienación al deseo del Otro, al nombrarlo se produce un nuevo posicionamiento, distinto del que ocupaba hasta ese momento. Esta es la operación de separación, en la que el sujeto toma en cuenta la condición de ajenidad que persiste en sus identificaciones y en su acto de hablar.

### 2.3. **Analista como causa del deseo**

Para que el sujeto pueda nombrar su deseo, el analista debe puntuar el decir con una escansión, provocando un desplazamiento en el paciente. Para explicar esto, retomaremos la estructura de los cuatro discursos (Figura Nro. 4) para introducir el discurso de la histérica y el discurso del analista. ¿Por qué incluir el discurso de la histérica? Lacan (1975) menciona que este discurso “señala el camino hacia el saber” (p. 23) y que la cura psicoanalítica consiste en “la introducción estructural del discurso de la histérica mediante condiciones artificiales”, es decir, se “histeriza” el discurso del paciente (p.35).

Cada discurso se distingue por la posición de los cuatro elementos:  $S_1$  (el significante amo),  $S_2$  (el saber),  $\mathcal{S}$  (el sujeto) y  $a$  (plus de goce). Partiendo del discurso del amo (Figura Nro. 5), giramos estos símbolos un cuarto de vuelta en el sentido de las agujas del reloj para obtener el discurso de la histérica, y realizamos el giro inverso para formular el discurso del analista. Lo que determina a cada discurso es el elemento que se ubica en el lugar del agente.

$$\frac{\mathcal{S}}{a} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$$

Figura Nro. 6. Discurso de la histérica

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis* (p. 12), por J. Lacan, 1975, Paidós.

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\mathcal{S}}{S_1}$$

Figura Nro. 7. Discurso del analista

Nota. Tomado de *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis* (p. 29), por J. Lacan, 1975, Paidós.

En el discurso de la histérica, el sujeto dividido ( $\mathcal{S}$ ) ocupa la posición de agente, y se dirige al Otro, representado por el significante amo ( $S_1$ ), con una demanda de saber: “¿qué quieres de mí?”. Esta interrogación, que nunca alcanza una respuesta absoluta, produce un saber ( $S_2$ ) en el Otro. Se trata de un saber inconsciente que revela la falta del sujeto, dando lugar a la emergencia del objeto  $a$  como causa de su deseo. Este discurso se sostiene en esta producción de saber, en el que el sujeto insiste con su pregunta, sosteniendo al amo en la exigencia de responder. Como señala Lacan (1977-1983), “el histérico es el sujeto dividido, dicho de otra manera, es el inconsciente en ejercicio, que pone al amo al pie del muro de producir un saber” (p.57).

En esta línea, Lacan afirma que la experiencia analítica implica una histerización del discurso, en pocas palabras, se sitúa al analizante en la posición de sujeto dividido que interroga al Otro, en este caso el analista, acerca de lo que lo aqueja. Es desde esta posición que puede surgir un saber inconsciente, más allá de los síntomas o certezas con los que se presenta a consulta. Es también a partir de esta lógica donde el analista es colocado por el analizante en la posición de sujeto supuesto saber.

Si observamos el discurso del analista, notamos que el objeto  $a$  ocupa la posición del agente, es decir, el analista se ubica como causa del deseo del analizante. Según Lacan (1975), la función del analista es “seguir la huella del deseo de saber” (p.112). Este discurso, invertido respecto al del amo, no tiene pretensión de dominio, el saber está en el analizante. El analista no impone significaciones, sino que habilita, mediante su posición de  $a$ , la

producción de un saber que emerge del sujeto. Así en el esquema (Figura Nro. 7), vemos que el analizante, como sujeto dividido, habla articulando sus significantes amo, lo cual construye una cadena significativa que da lugar a un saber determinado. Este saber se produce en el campo del analizante, y el analista, al no saturarlo de sentido, permite que dicho saber circule. Por eso el analista no posee la verdad del sujeto, sino que genera las condiciones para que el analizante la descubra, desvelando algo sobre su deseo.

En la clínica se busca localizar los significantes amo que organizan la subjetividad del analizante y que están en la base de sus síntomas, sufrimiento, quejas y certezas. La orientación analítica apunta a desanudar esos significantes que sostienen una alienación constitutiva, para posibilitar una resignificación y una desidentificación del paciente respecto de los sentidos que lo fijan y que impiden el despliegue de su deseo. En otras palabras, se apunta a generar una separación, una nueva posición menos alienada al Otro.

Si se da la palabra con tal libertad al analizante -así es precisamente como recibe esta libertad-, es porque se le reconoce que puede hablar como un amo, pero eso no dará tan buenos resultados como en el caso de un verdadero amo (..) ¿Qué significa que pueda asumir este lugar que, en el discurso del amo, es el del amo? En el simple funcionamiento de las relaciones del amo y el esclavo queda claro ya que el deseo del amo es el deseo del Otro, puesto que es el deseo prevenido por el esclavo (Lacan, 1977-1983, p. 39).

El analizante ocupa la posición de amo en el discurso analítico porque es su palabra la que dirige este proceso. Su decir cobra un estatuto particular, se le escucha como si supiera de lo que habla, como si dirigiera su discurso. Pero ese saber no lo posee del todo, más bien supone que el Otro lo sabe (el analista), lo que sostiene el análisis. Esta posición permite trabajar su división subjetiva y por consecuencia, producir un saber nuevo a partir de su decir.

### **Capítulo 3. Recortes de un caso clínico**

Con el fin de dar sentido a las teorizaciones propuestas, se presentarán recortes de un caso clínico que nos permitirán preguntarnos sobre ciertos aspectos del discurso que evidenciarían una marcada alienación, así como sobre la función del analista, que consiste en vaciar de sentido las identificaciones en juego en el analizante.

La consultante, a la que llamaremos Clara<sup>1</sup>, tiene 40 años y recurre al servicio que brinda el Anexo de la Facultad de Psicología para solicitar atención psicológica. El motivo de consulta que manifiesta es un “conflicto para conseguir trabajo”. A partir de esta problemática, despliega que siente un rechazo hacia los “patrones”, describiéndolos como “psicópatas”, además de criticar la idea de ser una “máquina” y tener que desempeñarse como “empleada” toda su vida. También, juzga a la sociedad por su “inmediatez” y por las “trabas que impone”, haciendo “chiquitas a las personas” y “cortando sus alas”.

Describe que vive con su pareja Alejandro de 72 años, a quien cuida por padecer una enfermedad y nombra que no puede hablar con él de sentimientos o cosas “profundas”, sus conversaciones giran en torno al trabajo. Señala que su vida se enmarca en una tríada: “trabajo-Alejandro-enfermedad”. En su discurso se reiteran frases como: “soy una vividora por querer conseguir trabajo”, “las personas mienten, son hipócritas”, “el sistema es una falsedad”, “los patrones son rígidos, tienen malas intenciones”. A lo largo de las sesiones se va develando que estas afirmaciones no son formulaciones propias, sino opiniones que su pareja le dirige, y que ella toma como verdades. Se sostiene en los juicios que Alejandro emite respecto al ámbito laboral, lo que incide en su forma de buscar trabajo. Asimismo, los adjetivos que utiliza para caracterizar a su pareja son: “rígido” y “tajante”, significantes con los que ella misma también se describe.

Clara considera estas ideas sobre las personas, el sistema y el trabajo como certezas sin asociar, al principio, que se trata de consideraciones dichas por su pareja. Esta posición da lugar a la paradoja de no poder conseguir un trabajo, ya que sostiene creencias que no le pertenecen pero que, sin embargo, asume como propias. En el transcurso del tratamiento comienza a preguntarse por qué, si viene por su conflicto relacionado a lo laboral, termina siempre hablando de Alejandro. Este movimiento abre la posibilidad de interrogar sobre la procedencia de lo que enuncia y de analizar la creencia que mantiene sobre que su pareja la limita y le impide avanzar. Además, narra que su vínculo con Alejandro es algo que “no eligió”, sino que le “tocó vivir”, y lo mantiene porque le otorga “seguridad” y “estabilidad”. Piensa que él es el origen de su problemática debido a que lo oculta frente a sus padres, dada la diferencia de edad. A su vez, cuenta que él ocupa un lugar similar al de un “patrón”, y ella al de una “empleada”.

---

<sup>1</sup> El nombre, así como otros datos identificatorios, fueron modificados para preservar el anonimato de la paciente.

En varias ocasiones aparecen distintos diagnósticos que le asigna a las personas que la rodean. A su madre la detalla como “histriónica” por ser muy seria, a su anterior pareja como “perverso” por haberle encontrado pornografía en su celular, a su actual pareja como “narcisista” porque no se comunica con ella. Inclusive, durante el tratamiento, formuló el pedido de un test de personalidad para que se le asignara un diagnóstico.

Menciona que estudió una formación universitaria hasta las prácticas pre-profesionales y abandonó por no sentirse suficiente para ejercer. Actualmente realiza otros estudios y destaca querer ser profesora de danza. En cuanto a sus padres, relata que su madre también quería estudiar la misma disciplina, pero no lo concretó y se dedicó a ser profesora de danza, al mismo tiempo que se identifica con su padre porque ambos “cargan con una tristeza”. Puntualiza algunos comentarios que le realizaron los mismos y que reaparecen en su discurso como verdades: el “tenés falta de voluntad”, dicho por su padre, que asocia como la causa de no conseguir trabajo; y el “sos un bicho raro”, dicho por su madre, expresión que se vincula con su sensación de estar “por fuera” de la sociedad y de no encajar. Refiere que siente que le cae mal a las personas porque no logra entablar conversaciones, y que por esto los demás pueden percibirla como un “bicho raro”.

Expresa que sus límites son “porosos”, que “el otro abarca mucho” y puede “traspasarlos”. En relación a esto, describe que es Alejandro quien “encarna la realidad”, sintiéndose ella “sola, perdida y sin salida”, por lo que demanda que le digan lo que debe hacer o que la guíen. Dice tener “voces de otros en su cabeza”, que su “propia voz” no aparece y que “nunca tuvo valor”. Manifiesta que se aferra a las palabras de otros y las hace propias. Refiere que su vida está “interrumpida por otros” y “siempre hay un límite para lo que ella quiere hacer”. A causa de esto, declara que no puede “pararse frente a la vida”, algo que le indicó su anterior analista. Al finalizar una sesión, señala que los “cortes” le cuestan, lo cual adquiere relevancia considerando la fusión que manifiesta con el Otro y el conflicto subjetivo que implica para ella generar una separación. Posteriormente, asocia esta dificultad con la imposibilidad de separarse de su pareja.

Asimismo, enuncia que tiene un conflicto con la plata, que tiende a gastarla y prefiere “vivir con lo mínimo”. Según lo que comenta la paciente, esta idea de “vivir con lo mínimo” se remite a su infancia, cuando su madre le daba lo mínimo para que pudiera comprarse algo.

A partir de todas estas cuestiones, se resalta una frase que retrata su situación actual: “estoy viviendo una vida que no es mía”. Esta afirmación implica un cuestionamiento acerca del lugar en el que se ubica, lo cual conlleva reconocer que lo que Clara dice de sí misma proviene de figuras como sus padres y Alejandro.

### 3.1. **Articulación teórico-clínica**

En base a lo expuesto en el desarrollo de este trabajo, resulta inevitable remitirse a la dialéctica de la alienación cuando se trata de un sujeto que parece atado a las voces del Otro, asumiendo una posición de estar “enjaulada”, significante que apareció en las sesiones. Si bien el sujeto se constituye a partir de la entrada al campo del Otro y de su sujeción al significante, es necesaria una separación que dé lugar a una búsqueda del deseo propio, más allá de los significantes impuestos. A lo largo del tratamiento, se intentó interrogar esta posición, apuntando a un corrimiento de este lugar. El “apropiarse de las voces de otros” conforma sentidos fijos y una “identidad” coagulada, que deriva en una sensación de estar “sin salida”, de no tener movimientos posibles a realizar, de pensar que es el otro quien “interrumpe su vida” e impide avanzar.

Los otros aparecen como figuras que encarnan su realidad, como voces que hablan en ella. Estas voces se evocan constantemente en la paciente, quien las identifica como propias, asociando que se aferra a los dichos ajenos. En esta línea, el Otro parecería estar completo, como si dispusiera de un saber absoluto sobre quién es, sobre lo que ella debería desear. De ahí su pedido por un diagnóstico que afirme una cierta coherencia interna o su insistencia en que le digan qué debe hacer. Estos diagnósticos constituyen un intento de objetivación imaginaria, en tanto recortan rasgos de otros sujetos y les atribuyen una etiqueta. Este mismo proceso lo busca en sí misma, encontrar un representante que la signifique.

Según lo que relata, sus límites se encuentran “porosos”, lo que hace que determinados sentidos permeen en ella. Tiende a afirmarse en las palabras de otros: en el “rígido” y “tajante” con que describe a su pareja, mimetizándose con estas identificaciones; en el discurso que mantiene Alejandro sobre el trabajo y la sociedad; en las palabras de su analista sobre “no saber pararse frente a la vida”; en la expresión de “sos un bicho raro”; en la idea de “vivir con lo mínimo” atribuida a su madre, y en el “tenés falta de voluntad” que remite a su padre. Todo esto sugiere que se encuentra alienada a los significantes del Otro, capturada bajo sus lógicas simbólicas, lo que impide que enuncie su deseo desconocido.

Este deseo que no logra ser puesto en palabras está entramado en ciertas repeticiones que giran en torno a las experiencias de su madre. Se dan varios puntos de encuentro en esta situación, ambas compartieron un interés por la misma formación universitaria, pero no lograron finalizarla; la paciente aspira a ser profesora de danza, oficio que su madre también llevó a cabo; y tanto Clara como su madre muestran conflictos respecto al trabajo, vinculados con la relación de pareja. Se produce una narrativa casi idéntica que daría cuenta de una trama cargada de espejismos. Asimismo, la expresión “vivir con lo mínimo” instala una limitación o prohibición sobre su deseo, lo que plantea una interrogante clave: ¿está en condiciones de ir más allá del deseo que su madre pudo sostener? En otras palabras, ¿puede desear algo que no se inscriba en la lógica de lo mínimo? Esto nos remite al aforismo lacaniano: el deseo es el deseo del Otro. Por medio de este proceso de identificación tiende a desear lo que el otro desea (Lacan, 1962-1963), específicamente en relación a su madre, realizando para el otro aquello que este busca.

Estas cuestiones se enlazan con el término afánisis que propone Lacan, en tanto el sujeto se desfallece, se borra, y su deseo queda eclipsado por las demandas y deseos del Otro. Clara se encuentra borrada de su historia. Es así que expresa: “estoy viviendo una vida que no es mía”, lo que transmite una sensación de ajenidad, de no pertenencia, de sentirse extranjera de su propia vida. Esto nos recuerda a la noción de extimidad, neologismo inventado por Lacan, en el que el Otro constituye lo más íntimo del ser, estableciendo así una tensión alienante. Tensión que se manifiesta en su inconformidad de estar viviendo para otro. Por eso Clara describe su vida como una serie de eventos que debe padecer, como algo predestinado que no eligió, sino que le “tocó vivir”.

En este sentido, surge una identificación con su padre, quien tampoco “lucha por lo que quiere”, ya que, según cree, seguir su deseo implicaría ser egoísta. Parecería una posición de estar rendida ante la vida, siendo el otro quien tiene el poder de determinar qué es posible desear. Algo que destaca es el reprimirse, anularse o aislarse cuando se trata de su pareja, dado que tiende a evitar comunicarse con ella. Nuevamente aparece un borramiento, una rendición frente al Otro, a quien no puede enfrentar por el juicio que implicaría hacerlo. Oculta a su pareja de sus padres, así como ocultaba errores en trabajos anteriores por miedo a las consecuencias de comunicarlos.

No es posible pensar la alienación sin la separación, algo que le aqueja profundamente a Clara. En las primeras consultas apareció la cuestión de que el “corte” de la sesión le resulta difícil, y en encuentros posteriores lo asoció al acto de cortar con su

pareja. Las implicaciones de establecer un corte con el Otro conllevan para ella una tragedia. Según su creencia, conseguir trabajo implicaría separarse del lugar de cuidadora que ocupa actualmente, lo cual llevaría a la internación y eventual fallecimiento de su pareja. ¿Esta separación del Otro podría establecer su muerte simbólica? Es decir, separarse implicaría conseguir aquello que dice desear, un trabajo, aspecto que se opone al discurso de Alejandro. Esta encrucijada donde su deseo parece innombrable, advierte de un sujeto no confrontado con su hiancia, sin operar a partir de la falta. Falta que parecería estar colmada por los significantes provenientes del Otro, en los que busca una respuesta sobre quién es.

Parafraseando a Clara: “no tengo ningún sostén. Si me voy de la casa de Alejandro, me caigo”. Su pareja es alguien que la estructura, que le otorga un bagaje significativo desde el cual afirmar su realidad. Así, menciona que mantiene su relación porque le da “estabilidad” y “seguridad”, funciona como soporte de su deseo, aunque a su vez lo imposibilita y enmarca los límites de su existencia. Esto puede articularse con un comentario de su anterior analista ante la idea de que algo la “ancla”, en ese momento vinculado a la figura de sus padres, quien le dijo que el ancla “es lo que sostiene y da estabilidad al barco”. Si bien la mantiene estable, no le permite el movimiento.

La escena que plantea de una sociedad que le “corta las alas”, ilustra cómo su deseo queda desdibujado, opacado frente al orden simbólico que la rodea. Esto puede leerse como si el Otro operara siempre como agente del corte, restringiendo así todo deseo posible, lo que deriva también en que la paciente no asuma su posición deseante. Aparece una sensación de estar “por fuera” de la sociedad y su lógica mecanizada, lógica que rechaza porque no quiere ser “una máquina” ni formar parte de la “esclavitud” que representa el trabajo. Es en relación a los conflictos que mantiene con el trabajo que se deja entrever su desencuentro con el deseo: quiere trabajar de vendedora, pero “no le gusta sonreír a los clientes”; o de profesora de danza, pero “no sabe tratar con la gente”. Esta ambivalencia prohibitiva se sostiene en las certezas que mantiene en su discurso sobre el trabajo, certezas que provienen de otras figuras y que podrían caer si se produjera una separación.

Se podría decir que está sujeta al discurso de su pareja sobre el mundo laboral, a los dichos de su analista, a los deseos de su madre, a su identificación con su padre. Queda inmovilizada, inhibida frente al Otro, asumiendo por completo su discurso y manteniéndose en una posición de no-hacer. Esto también se observa en el análisis del caso Dora, para

ella, su deseo era una imposibilidad, algo incapaz de enunciarse. Por eso la paciente relata sentirse en un “espiral, estancada y sin salida”, quedando petrificada en los significantes del Otro. En el trasfondo de su discurso aparece constantemente la pregunta sobre quién es, por lo que formula el pedido de que le asignen una etiqueta identitaria a partir de un diagnóstico. Esta misma operación la realiza con las personas que la rodean. En otras palabras, demanda al otro que le diga qué es lo que debe desear. En ese deber, su deseo no logra decirse, quedando atrapado en una disyuntiva: algo la estructura y le permite un cierto goce, pero al mismo tiempo la anula.

La interrogante en este caso clínico radica en hasta dónde puede desear: ¿hasta lo que pudo desear su madre? ¿hasta el mínimo impuesto? ¿hasta el límite que establece Alejandro?

Todos estos significantes que la fijan obstaculizan la emergencia de un discurso propio, dejando entrever que el Otro, para este sujeto, aparece como completo, sin falta, ocupando la posición de amo en tanto organiza el saber y otorga los significantes primeros sobre los que se estructura el sentido. Esto se manifiesta en su vínculo con Alejandro, donde él es ubicado en el lugar de “patrón” y ella en el de “empleada”, posicionándose así desde los significantes que él le dirige. Pero, como declara Lacan, el sujeto está barrado y no puede significarse como tal. La relación del sujeto con el Otro, “al igual que el Otro en sí, está marcada por una falta, y el sujeto está constituido por esta falta de ser, que da origen al deseo, un anhelar ser; de modo que el deseo es esencialmente un deseo de ser” (Evans, 1997, p.175). Como el deseo solo puede surgir en relación con esta falta, la separación y el establecer un “corte” con el Otro devendría en un posible reposicionamiento simbólico.

En este sentido, se puede articular que la paciente se encuentra en una posición de objeto del Otro, de manera similar a como Dora es colocada y se coloca en el lugar de objeto de intercambio. El Otro simbólico es quien le brinda un sentido y reconocimiento, y la paciente parece depender de este para confirmar su existencia. Ella sostiene la idea de que debe “mostrar algo de su interior” para que otro la quiera, y así saber que existe. Su ser se sostiene en la medida en que un otro la identifica mediante sus palabras, lo que la lleva a aferrarse a ciertos discursos externos que den sentido a su existencia. Ese aferrarse la lleva a sentirse en un “embrollo”, a estar confusa sin ver una salida posible, enredada en redes ajenas, lo que hace que a nivel transferencial no se distinga quién habla cuando ella habla.

En una de las últimas sesiones, la paciente se cuestionó sobre la idea de lo “propio”, de hacer cosas por el otro sin quererlas, de dejar lo que estaba haciendo para complacer, especialmente, a su pareja. Asimismo, apareció la sorpresa ante una intervención en donde se le recordaba aquello que había explicitado en la primera sesión, que su vida se basa en la tríada “trabajo-Alejandro-enfermedad”, en donde pudo constatar que siempre que hablaba, se remitía a los decires de Alejandro.

Por estas razones, el análisis debería dirigirse a que el deseo propio pueda aparecer sin que el Otro sea quien lo demande, sin que se lo coloque en el lugar de amo del deseo y del saber. Por eso, Lacan remite a la función del analista como objeto causa del deseo del analizante, siendo su posición el reverso del discurso del amo. Este actúa sobre el saber que emerge del sujeto, sobre aquellos significantes que se repiten e insisten en el discurso, sin pretensión de dominar la cura con significaciones dadas. Esto nos conduce a preguntarnos cómo hacer emerger un deseo que, por estructura, es desconocido para el sujeto. Este proceso analítico sin dudas no está acabado, quedan cuestiones por indagar, particularmente en torno a la noción de vida al mínimo, la cual podría establecer una lógica de restricción.

## **Conclusiones**

En los capítulos anteriores se pretendió analizar, bajo una lectura psicoanalítica, los conceptos de alienación y separación vinculados a la lógica del deseo, y a la postura que debería tomar el analista para permitir que dicho deseo se enuncie. Estos procesos dialécticos son imprescindibles para pensar y orientar la clínica. Si nos referimos a la alienación, la misma produce una captura imaginaria debido a la tensión alienante que instala el estadio del espejo, y simbólica a partir de la entrada al campo del Otro. Así, se crea una consistencia y coherencia interna por la imagen establecida, y el sujeto se constituye a partir del momento en que la palabra aparece.

El caso expuesto permitió realizar un análisis de estas nociones, donde pareciera haber una notoria alienación que conlleva a considerar la necesidad de un “corte” respecto del Otro, como condición para la emergencia de lo propio. A lo largo de este trabajo, se indagaron las elaboraciones teóricas sobre la alienación, especialmente las desarrolladas en dos seminarios: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964) y *La lógica del fantasma* (1966-1967). En un primer momento, Lacan las analiza a partir de los conjuntos del sujeto y del Otro. Luego, traslada este diagrama al pensar y al ser del cogito

cartesiano, concluyendo que ambos no pueden coexistir simultáneamente. Esta imposibilidad da lugar a la aparición del inconsciente, que irrumpe precisamente en los momentos en los que no se piensa ni se es, es decir, en el nivel de la enunciación. En ese instante que no se piensa ni se es, surge algo del sujeto como efecto del significante, revelando la propia escisión que estructura al ser hablante.

Esta teoría se articula en los distintos discursos y en las formas de posicionarse frente al saber que expone Lacan, lo cual se traduce en la manera en que se establece el lazo con el Otro. Estos discursos funcionan como una guía de lectura que permite rastrear, en el decir del sujeto, el tipo de vínculo que se construye con el deseo, partiendo de la premisa de que el deseo es el deseo del Otro. Esto instala una búsqueda por parte del sujeto de ese saber que supone en el Otro bajo la pregunta sobre qué quiere el otro de mí, como si en este lugar residiera la respuesta acerca de lo que debería desear. Tal suposición conlleva un profundo desconocimiento del propio deseo, generando una repetición de significantes que le son ajenos. En la clínica, se trata de habilitar una separación respecto del Otro para construir una nueva posibilidad de lazo, una desde la cual pueda surgir una “voz” diferenciada.

Por tales razones, es de relevancia profundizar en dichas temáticas y más aun teniendo en cuenta que la alienación es constitutiva, pudiendo devenir conflictiva en el caso de que se suture la falta en el Otro y se lo afirme como absoluto, como teniendo potestad sobre cualquier saber que el sujeto se imagine. Operar a partir de estos sentidos delimita una posición que parece inamovible, como si todo se arraigara a ese destino escrito y no como un lugar que también se asumió. Por esto, se destacó en las diferentes historias, tanto en Dora como en Clara, que son situaciones en donde si bien el otro “interrumpe sus vidas”, a la vez son sujetos que toman el lugar de ser objeto del Otro. Es en esta línea en que se dirige un análisis, hacia el intento por desmontar estas relaciones para que el paciente pueda resignificarlas y desenredar ese “embrollo” de redes significantes que consolidan una estructura que parece invariable. Esta idea de “embrollo” que trae Clara funciona como punto de partida para repensar la intención del análisis, que podría dirigirse a desentramar el deseo, a desanudar los nudos que fijan una determinada posición subjetiva, para interrogarlos y permitir un corrimiento de este lugar que puede resultar incapacitante. El analista, entonces, organiza su quehacer no mediante una lógica de dominio sobre el paciente, proporcionándole soluciones que parecieran inmediatas, sino sobre la apertura al decir del sujeto, a escuchar lo que insiste y se repite, a los significantes que estructuran una

determinada subjetividad. Para esto, interroga, escande, señala, para que lo inconsciente sea revelado y dejado al descubierto.

Algunas posiciones simbólicas pueden obstruir, como vimos, el despliegue del deseo, donde la vida pareciera algo más bien extranjero, alterno, impropio, ocupada por otros, no habiendo espacio para que surja algo distinto. La “voz propia” aparece como algo desplazado, anulado, imposible de ser evocado. Algo se pierde en esta objetivación tejida por significantes exteriores, que delinear determinadas condiciones de existencia que pueden vedar y restringir el deseo, y es el ser del sujeto, aspecto que hace a la alienación.

El recorrido trazado es una de las lecturas posibles, sin pretensión de cierre, ya que continúa suscitando interrogantes clínicas que no admiten una única respuesta: ¿Cómo desembrollar el deseo cuando la posición del sujeto se sostiene en un goce que brinda “estabilidad y seguridad”, pero al mismo tiempo produce sufrimiento? ¿Es posible pensar esa estabilidad como una forma de rigidez o inmovilidad que estructura su vida? ¿De qué modos se ve afectado el lazo con el Otro? ¿Cómo orientar el trabajo analítico hacia el reconocimiento de la falta en el Otro?

Estas son solo algunas de las preguntas que emergen del análisis expuesto, y que requieren una mayor profundización. En este trabajo me limité a bordear aquellas que orientaron el recorrido realizado, aunque sin duda es posible abrir nuevos interrogantes y establecer otras asociaciones, tanto en relación con la experiencia clínica como con las elaboraciones teóricas que la sostienen.

## Referencias bibliográficas

Chemama, R. (1998). *Diccionario del psicoanálisis: Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.

Dor, J. (2000). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. Barcelona: Gedisa.

Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

Freud, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Caso "Dora")*. En *Obras completas* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu.

Julien, P. (1985). *El retorno a Freud de Jacques Lacan. La aplicación al espejo*. México: Sitea.

Lacan, J. (1953-1954). *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1954-1955). *El seminario. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1955-1956). *El seminario. Libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1956-1957). *El seminario. Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958). *El seminario. Libro 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1959-1960). *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1962-1963). *Seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós (2016).
- Lacan, J. (1964). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966a). *Escritos 1*. México: Siglo XXI Editores (2009).
- Lacan, J. (1966b). *Escritos 2* (T. Segovia, Trad.). México: Siglo XXI Editores (2009).
- Lacan, J. (1966-1967). *El seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973). *El seminario. Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1977-1983). *Psicoanálisis, radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Laplanche, J., Pontalis, J.-B., & Lagache, D. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J. D. (1993). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. Barcelona: Gedisa.
- Žižek, S. (2006). *Cómo leer a Lacan*. Buenos Aires: Paidós.